



Lidia E. Santana. *Un pueblo entero para educar*, Magisterio del Río de la Plata. Grupo Editorial LUMEN, Buenos Aires, 2007, 288 págs.

De un proverbio del continente africano («se necesita un pueblo entero para educar a un niño») surge el título del libro «*Un pueblo entero para educar*».

El libro está dividido en dos partes: la primera analiza el fenómeno educativo en tiempos de cambio; la segunda intenta hacer reflexionar a los

lectores ofreciendo algunas claves para repensar la educación y los sistemas de apoyo a la comunidad educativa. La obra consta de 4 capítulos, así como de una obertura y de un epílogo que no tienen desperdicio.

El primer capítulo analiza el guión de la posmodernidad y critica el papel de los medios de comunicación de masas en la construcción del pensamiento único. Asimismo hace una revisión de los tres grandes paradigmas de la investigación educativa (positivista, interpretativo y sociocrítico) que han dado lugar a diferentes concepciones educativas y que, en consecuencia, determinan el quehacer diario de los profesionales.

El capítulo 2 intenta trasportarnos, como si de una máquina del tiempo se tratase, a la sociedad futura de este siglo; la autora ha querido vislumbrar las posibilidades y limitaciones de los estudios prospectivos para, posteriormente, analizar las tendencias más plausibles que nos encontraremos en el escenario del siglo XXI. La educación para la transición a la vida activa es uno de los puntos más trascendentes de este capítulo ya que, tal y como se argumenta en el texto, «el ser humano vive ligado inexorablemente a etapas de transición». La autora ha tratado el tema de la transición sociolaboral tanto en la sociedad tradicional como en la sociedad contemporánea, incidiendo en el papel fundamental que tiene la escuela y la cohesión que debe existir entre los diferentes agentes sociales. El sexto apartado plantea un interrogante: ¿La planificación educativa debería estar orientada al mercado de trabajo? Los estudiantes universitarios opinan que sus estudios deberían ser más afines a las demandas y necesidades del mundo del trabajo; el profesorado, a pesar

de estar informado del ámbito laboral, no está concienciado del significado de toda esa información; por último, los empresarios de empresas pequeñas y medianas consideran que la formación para el trabajo debe impartirse en el sistema educativo; por el contrario las grandes empresas opinan que esta formación ha de darse en la propia empresa, ya que el sistema educativo ha de ofrecer una educación de amplio espectro o generalista.

El tercer capítulo plantea si estamos ocupándonos de lo verdaderamente esencial cuando educamos. Varios aspectos son especialmente reseñables: 1) el decálogo de Ángel Rivière donde se plasman las demandas cognitivas de la escuela impuestas al alumnado; a través de ellas podremos analizar nuestra praxis educativa. 2) La defensa que hace la autora sobre la necesidad de fraguar una nueva filosofía ciudadana de compartir el tiempo, dialogar, dar y recibir afecto para alcanzar una experiencia humana más satisfactoria. 3) La necesidad de que los jóvenes tomen las riendas de su vida elaborando sus proyectos vitales a través del desarrollo de programas de orientación. En este sentido se nos presenta el Programa de Orientación Educativa y Sociolaboral (POES), fruto de un trabajo de investigación realizado a lo largo de tres cursos académicos en Institutos de Secundaria, y que fue premiado en la Convocatoria de 2004 en la modalidad de *Premios Nacionales de Investigación Educativa*. Uno de los objetivos del programa es concienciar al profesorado y al alumnado de que las labores de orientación académica y profesional han de realizarse desde un enfoque de trabajo colaborativo y de proceso.

El cuarto capítulo analiza una de las dimensiones cruciales para cualquier sistema educativo que trabaje tras el señuelo de la calidad educativa: la atención/apoyo al alumnado en el proceso de enseñanza-aprendizaje. En este sentido, se analizan los incumplimientos que dificultan el desarrollo del principio de atención a los alumnos y limitan la calidad educativa. En otro apartado se plantean las preguntas, metáforas, analogías peyorativas y aseveraciones que surgen en torno a la actuación profesional de los orientadores.

La obra culmina con el Epílogo y con su lectura, tal como señala la autora, «vadeamos el río educativo, alcanzamos la otra orilla, miramos el horizonte y descubrimos que es factible acariciar la utopía de que otra educación aún es posible. Pero sólo podremos construirla, si somos capaces de utilizar nuestros conocimientos con sabiduría tratando de acompasar el entendimiento y el corazón» (pág. 327).

El libro incluye un anexo donde, tal como señala la autora, se ejemplifica de qué manera se puede contemplar en el currículo la dimensión orientadora que toda materia posee.

Al cerrar las páginas de esta obra uno tiene la sensación de que quedan muchas cosas por hacer en el camino de mejorar la calidad educativa.

*José Aarón Santana Lorenzo*